

## ¿Es la Teosofía una Religión?

Por *H. P. Blavatsky*

La religión es la mejor armadura  
que el hombre pueda tener,  
pero es la peor capa.

—Bunyan

No es exageración el decir que nunca ha habido — durante el presente siglo, en todo caso— un movimiento, social o religioso, tan terrible no, tan mal comprendido, de una forma tan absurda, tan estúpida y errada, que la Teosofía — ya sea si se le contempla teóricamente como un código ético, o prácticamente, en su expresión objetiva, por ejemplo, en la Sociedad conocida por ese nombre.

Año tras año y día tras día, nuestros funcionarios y miembros han tenido que interrumpir a personas hablando del movimiento teosófico con protestas más o menos enfáticas contra la teosofía, y refiriéndose a la misma como una “religión”, y a la Sociedad Teosófica como una especie de iglesia o cuerpo religioso. Aún peor, ¡con frecuencia se alude a la misma como una “nueva secta”! ¿Es un obstinado prejuicio, un error, o ambos?

Los más estrechos de mente e incluso las personas más notoriamente injustas necesitan aún de un pretexto plausible, de una percha donde colgar sus observaciones poco caritativas y sus calumnias dichas inocentemente. Y qué percha puede ser más sólida para ese propósito, o más conveniente, que un “ismo” o una “secta”.

La gran mayoría de ellos estaría muy arrepentida al ser desengañada y finalmente forzada a aceptar el hecho de que la teosofía no es ninguna de las dos. El nombre les conviene y ellos fingen ser ignorantes de su falsedad. Pero también hay otros, personas más o menos amistosas, que trabajan sinceramente bajo el mismo engaño. A éstos, les decimos: ¡Seguramente el mundo hasta ahora se ha visto suficientemente maldecido con los extinguidores intelectuales conocidos como los credos dogmáticos, sin que le haya infligido al mismo una nueva forma de fe! Son demasiados ya los que llevan su fe, sinceramente, como dijera Shakespeare, puesta “como la moda de su sombrero”, siempre cambiante, lista para lo que viene luego. Además, la razón de ser de la Sociedad Teosófica era, desde sus inicios, el protestar claramente y conducir una guerra abierta contra cualquier dogma o cualquier credo basado en una fe ciega.

Podrá parecer extraño y paradójico, pero lo cierto es que, hasta ahora, los trabajadores más aptos en teosofía práctica, sus miembros más devotos, fueron los

reclutados de entre las filas de los agnósticos e incluso de los materialistas. Ningún genuino y sincero buscador de la verdad podrá hallarse jamás entre los creyentes ciegos de la “Palabra Divina”, aunque ésta provenga de Alá, Brahma, Jehová, o sus respectivos Corán, Purana, y la Biblia. Porque:

La fe no es un trabajo de la razón, sino del reposo.

Aquel que cree en una religión o en una fe, contemplará la de otro como una mentira, y lo odiará por esa misma fe. Es más, a menos que encadene la razón y ciegue enteramente la percepción de cualquier factor externo, esta última no es fe en lo absoluto, sino una creencia temporal, un engaño bajo el cual trabajamos en un momento particular de nuestra vida. Es más, “la fe sin principios no es más que una frase aduladora para un positivismo voluntarioso, o sensaciones corporales de fanatismo” en la inteligente definición de Coleridge.

¿Qué es entonces la Teosofía, y cómo puede definírsele en su última presentación, en la parte final del siglo XIX?

La Teosofía, como decimos, no es una Religión.

Sin embargo, como todos conocemos, existen ciertas creencias filosóficas, religiosas y científicas, que en los últimos años han estado asociadas tan estrechamente a la palabra “Teosofía”, que el público en general ha terminado tomándolas como teosofía en sí.

Es más, debemos decir que estos conocimientos han sido expuestos, explicados y defendidos por estos mismos Fundadores que han declarado que la Teosofía no es una Religión. ¿Cuál es entonces la explicación de esta aparente contradicción? ¿Cómo un cierto cuerpo de creencias y enseñanzas, una doctrina elaborada, de hecho, puede ser considerada como “Teosofía” y ser tácitamente aceptada como “teosófica” por 9/10 de los miembros de la Sociedad Teosófica, si la Teosofía no es una Religión? --nos preguntan.

Explicar esto es el propósito de la presente protesta. Acaso sea necesario, primero que todo, decir que la aseveración de que la “Teosofía no es una Religión,” no excluye en modo alguno el hecho de que la “Teosofía *es* Religión” en sí misma. Una Religión, es el sentido correcto y verdadero de la palabra, es un lazo que une a los hombres —no un grupo particular de dogmas y creencias. Ahora, la Religión, de por sí, en su más amplio significado, no es sólo aquello que une a todos los Hombres, sino a todos los Seres en el Universo entero, en un gran todo. Esta es nuestra definición teosófica de religión, pero la misma definición cambia nuevamente con cada credo y país, y ni siquiera dos cristianos la contemplan de igual modo. Hallamos esto en más de un autor destacado. Así, Carlyle definió el Protestantismo en sus días, con un marcado ojo

profético hacia este creciente sentimiento en nuestros días, como:

En su mayor parte, un sabio y prudente sentimiento, basado en meros cálculos, una materia de conveniencia e utilidad, mediante la cual algún otro pequeño *quantum* de regocijo terrenal puede cambiarse por un más amplio regocijo celestial. Así, la religión también es ganancia, un trabajo asalariado, no una reverencia, sino un vulgar temor o esperanza.

A su vez, la Sra. Stowe, ya sea consciente o inconscientemente, parece haber tenido en su mente más el catolicismo romano más que el protestantismo, cuando dijo que:

La religión era como un boleto de entrada (con el número correcto de indulgencias compradas y pagadas) que, una vez compradas y guardadas cómodamente en un bolsillo, hay que presentarlas en la puerta celestial para asegurarse la entrada al cielo...

Pero para los teósofos (para los genuinos teósofos, me refiero), que no aceptan una mediación por poder, no hay salvación por medio de la sangre derramada, como tampoco piensan en “trabajar por salarios” en la Religión Universal Una, y la única definición a la que pueden suscribirse y aceptar por completo es la dada por Miller. Cuán verdadera y teosóficamente la describe, al indicar que:

... la verdadera Religión  
es siempre amable, propicia y humilde,  
no juega al tirano, no planta una fe en la sangre,  
no porta destrucción en las ruedas de su carruaje;  
sino que se eleva para pulir, socorrer y desagaviar,  
y edifica su grandeza en el bien común.

Estas frases son una correcta definición de lo que es la verdadera teosofía, o lo que debe ser. (Entre los credos, solamente el Budismo es una filosofía que verdaderamente une los corazones y a los hombres, porque no es una religión dogmática.) A este respecto, como es el deber y la tarea de cada genuino teósofo, de aceptar y cumplir estos principios. La Teosofía es Religión, y la Sociedad es su Iglesia Universal, el templo de la sabiduría de Salomón,<sup>1</sup> en cuya construcción “no había martillo ni hacha, ni ninguna herramienta de hierro que se supiera en la casa mientras se estaba construyendo” (Reyes I, v, 7); porque este “templo” no está construido por mano

---

<sup>1</sup> Cuyas 700 mujeres y 300 concubinas eran meramente la personificación de los atributos humanos, los sentimientos, las pasiones, y los varios ocultos poderes: con los números cabalísticos 7 y 3 mostrándolo claramente. Es más, el mismo Salomón, siendo simplemente el emblema del SOL —el “Iniciado Solar” o el Cristo-Sol, es una variante del nombre hindú de “Vikarttana” (el Sol) cortado de sus rayos por Visvakarman, su Hierofante-Iniciador, quien priva así al candidato a recibir la iniciación del Cristo, de su resplandor dorado y lo corona con una oscuridad, una aureola ennegrecida—la “corona de espinas”. (Ver *La Doctrina Secreta* para una explicación completa.) Salomón nunca fue un hombre viviente. Como se describe en Reyes, en la Biblia, su vida y obras son una alegoría sobre las pruebas y la gloria de la Iniciación.

humana alguna en sitio alguno de la tierra —sino que, verdaderamente, erigido tan solo en el santuario interno del corazón del hombre, donde lo único que reina es el alma despierta.

Así, la Teosofía no es una Religión, decimos, sino Religión en sí misma, el único lazo de unidad, tan universal y omniabarcante, que ningún hombre, ni una mota siquiera —de dioses o mortal, hasta los animales, ni una brizna de hierba, o un átomo —pueden quedarse fuera de su luz. Por lo tanto, cualquier organización o cuerpo con semejante nombre debe necesariamente ser una Fraternidad Universal.

Si fuese de otra forma, la Teosofía sería solamente una palabra añadida a los cientos de palabras que suenan muy bien, aunque sean pretenciosas y vacías. Vista como una filosofía, la Teosofía en su trabajo práctico es la aleación del alquimista medieval. Trasmuta el aparente metal de base de cada credo dogmático y ritualista (el Cristianismo incluido) en el oro de los hechos y la verdad, y de esta forma produce una panacea universal para aliviar los males de la humanidad. Por eso, cuando se solicita admisión a la Sociedad Teosófica, a nadie se le pregunta a qué religión pertenece, ni cuál es su visión de la deidad. Estos puntos de vista son un asunto personal y nada tienen que ver con la Sociedad. Debido a que la Teosofía puede ser practicada por cristianos o paganos, judíos o gentiles, agnósticos o materialistas, e incluso un ateo, mientras ninguno de ellos sea un fanático que se niegue a reconocer como su hermano a cualquier hombre o mujer fuera de su propio credo o creencia particular. El conde León Tolstoi no cree en la Biblia, la iglesia, o la divinidad de Cristo, y con todo, ningún cristiano le sobrepasa en la práctica de los principios que se alega fueron predicados en el Monte. Y estos principios son los de la Teosofía, no porque fuesen pronunciados por el Cristo cristiano, sino porque son ética universal, y como tal fueron predicados por el Buda y por Confucio, por Krishna y por todos los grandes Sabios, miles de años antes de que se escribiera el Sermón de la Montaña. De aquí que, toda vez que uno vive la teosofía, ésta se convierte sin duda alguna en una panacea universal, porque sana las heridas infligidas por la burda aspereza de los “ismos” de la Iglesia en el alma sensible de cada hombre naturalmente religioso. Cuántos de éstos, lanzados con fuerza por un impulso reactivo de desilusión, que han saltado de una creencia ciega a las filas de una árida incredulidad, han sido devueltos a una esperanzada aspiración simplemente uniéndose a nuestra Fraternidad —sí, imperfecta como es.

Si, como una desviación de esto, recordamos que varios miembros prominentes han dejado la Sociedad desilusionados de la teosofía, al igual que lo estuvieron de otras asociaciones, esto no debe consternarnos en lo más mínimo. Porque con muy pocas excepciones, en la etapa temprana de la Sociedad Teosófica, cuando algunos la abandonaron porque hallaron que el cuerpo central no practicaba el misticismo como

ellos lo entendían, o porque “los líderes carecían de espiritualidad, eran no teosóficos, o eran falsos hacia las reglas,” vea usted, en su mayoría la dejaron porque tenían puesta en ella sólo medio corazón, eran demasiado opinionados, una iglesia y un dogma infalible en sí. Algunos se separaron nuevamente bajo pretextos muy superficiales, tales como, por ejemplo, “porque la cristiandad (es decir la “cristianería”, la ida rutinaria a la iglesia, o la cristiandad falsa, acaso era mejor) y estaba siendo demasiado fuertemente atacada en nuestras revistas” — ¡como si otras religiones fanáticas fuesen mejor tratadas o apoyadas! Así, todos los que se fueron hicieron bien en irse y eso nunca ha sido lamentado.

Es más, hay que añadir que el número de los que se fueron difícilmente pueda ser “comparado con el número que ha encontrado en la Teosofía todo lo que buscaban. Sus doctrinas, si se estudian con seriedad, ayudan a estimular el poder de razonamiento y a despertar el lado interno en el hombre animal, y todos los poderes dormidos para bien nuestro, y también la percepción de lo que es cierto y real, contrario a lo que es falso e irreal.

Arrancando con mano certera el denso velo de la letra muerta de la cual cada escritura religiosa está revestida, la Teosofía científica, aprendida en el velado simbolismo de las edades, revela al que se mofa la sabiduría antigua, el origen de las ciencias y las creencias del mundo. Abre una nueva visión más allá del horizonte de las creencias cristalizadas, despóticas e inamovibles, y convierte la creencia ciega en un conocimiento razonado fundado en leyes matemáticas —la única ciencia exacta— que le demuestra en aspectos más profundos y filosóficos la existencia de eso que repelido por lo burdo de las formas de la letra muerta, abandonó hace tiempo como un cuento de niños. Da un objetivo claro y definido, un ideal por el cual vivir, a cada hombre o mujer sinceros que pertenezcan a cualquiera de los segmentos de la sociedad, y a cualquier cultura o grado de intelecto. La Teosofía práctica no es una ciencia, pero abraza cada una de las ciencias en la vida, moral y físicamente. Puede, en breve, contemplarse justamente como un maestro o tutor de experiencias y conocimientos de alcance mundial, y con una erudición que no solo asiste o guía a sus discípulos hacia un exitoso examen para cada servicio moral o científico en su vida terrenal, sino que lo prepara para las que vivirá después, si esos discípulos tan solo estudian el universo y sus misterios dentro de sí mismos, en vez de estudiarlos a través de las gafas de la ciencia y las religiones ortodoxas.

Y que ningún lector malinterprete estas declaraciones. Es la Teosofía de por sí misma —no un miembro individual cualquiera de la Sociedad, o incluso un teósofo— a cuyo nombre se clama esa omnisciencia universal. Ambos —la Teosofía y la Sociedad Teosófica— una como vehículo y otra como aquello que la contiene, no deben confundirse. Una es, como ideal, la Sabiduría divina, perfección en sí misma; la

otra, algo pobre e imperfecto, tratando de vivir dentro de ella, su sombra en la tierra. Ningún hombre es perfecto, ¿por qué entonces debe esperarse que cualquier miembro de la Sociedad Teosófica sea un parangón de todas las virtudes humanas? ¿Y por qué la organización completa ha de ser criticada y culpada de los defectos, ya sean reales o imaginarios, de algunos de sus miembros, o incluso de sus líderes?

La Sociedad, nunca estuvo, como cuerpo concreto, libre de la culpa y el error — errar es humano — ni tampoco sus miembros. De aquí que sean más bien esos miembros — la mayor parte de los cuales no se dejan guiar por la teosofía, quienes deben ser culpados. La Teosofía es el alma de la Sociedad, y ésta, el cuerpo burdo e imperfecto de la primera. De aquí que esos modernos Salomones que se sentarán en el Trono del Juicio y hablarán de lo cual nada saben, quedan invitados antes de que calumnien a la Teosofía o a cualquier teósofo, a que primero se familiaricen con ambos, en vez de ignorantemente llamarlos “el fárrago de las creencias locas”, y otros, “una secta de impostores y locos.”

Pese a esto, la Teosofía es mencionada por los amigos y los enemigos como una religión, cuando no una secta. Veamos cómo las creencias particulares que se han asociado a esta palabra vienen a quedar en esa posición, y cómo es que tienen tan buen derecho a ello que ninguno de los líderes de la Sociedad ha pensado jamás en desconocer esas doctrinas.

Hemos dicho que creíamos en la absoluta unidad de la naturaleza. Unidad implica la posibilidad de que una unidad que se encuentra en un plano, entre en contacto con otra unidad que está en, o se comunica desde, otro plano. Creemos en ello.

La recién publicada *Doctrina Secreta* mostrará lo que eran las ideas existentes desde la antigüedad, respecto de los primeros instructores del hombre primitivo y sus tres primeras razas tempranas. El génesis de Sabiduría-Religión, en lo cual todos los teósofos creen, data de ese período. El llamado “ocultismo” o más bien las “ciencias esotéricas, tiene su origen en esos Seres que, llevados por el karma, han encarnado en nuestra humanidad haciendo resonar así la nota clave de esa ciencia secreta que incontables generaciones de subsecuentes adeptos han expandido desde entonces en todas las edades, mientras revisaban sus doctrinas por medio de la observación personal y la experiencia. El volumen de conocimiento — que ningún hombre puede poseer por completo — constituye lo que nosotros llamamos Teosofía o “conocimiento divino”. Seres de otros mundos más elevados pueden tenerlo por completo, pero nosotros solamente podemos tenerlo en forma aproximada.

Así, la unidad de todo en el universo implica y justifica nuestra creencia en la existencia de un conocimiento que es a la vez científico, filosófico y religioso, mostrando la necesidad y la actualidad de la conexión del hombre con todas las cosas en el universo y con cada uno, cuyo conocimiento, por lo tanto, se torna esencialmente

Religión, y debe llamársele íntegra y universalmente por el nombre distintivo de “Sabiduría-Religión”.

Es de esta Sabiduría-Religión que todas las diversas “religiones” individuales (erróneamente llamadas de este modo) han nacido, formando a su vez sus ramas y divisiones, y también todos los credos menores, basados y siempre originados en alguna experiencia personal en psicología. Cada una de estas religiones, o de sus ramas, ya sea considerada ortodoxa o hereje, sabia o tonta, comenzó originalmente como una clara y no adulterada rama de la Fuente Materna. El hecho de que cada una en su momento se contaminara con especulaciones puramente humanas e incluso con inventos por motivos de interés, no impide que ninguna de ellas fuese pura en sus comienzos. Existen credos —no debemos llamarlos religiones— actualmente cubiertos por el elemento humano fuera de todo reconocimiento; otros que muestran señales de un temprano deterioro; ninguno escapó la mano del tiempo. Pero cada uno de ellos y todos en sí son divinos, porque su verdadero y natural origen lo es —el Mazdeísmo, el Brahmanismo, o el Budismo, tanto como el Cristianismo. Son los dogmas y el elemento humano en el último, el que llevó directamente al moderno espiritualismo.

Por supuesto, habrá una queja de ambas partes si decimos que el moderno espiritualismo, de por sí, limpio de las poco saludables especulaciones que se basaban en el dictamen de dos pequeñas niñas y sus poco confiables “espíritus” —es, no obstante, mucho más cierto y filosófico que cualquier dogma de la iglesia. El espiritualismo *carnalizado* está actualmente recogiendo su karma. Sus primitivos innovadores, lo dicho de las “dos niñas” de Rochester, la Meca del moderno espiritualismo, han crecido y se han convertido en mujeres mayores desde los primeros toques que hicieron que se abrieran de par en par las puertas entre este mundo y el otro. Es en su “inocente” testimonio que el elaborado esquema de una tierra cálida sideral, con su activa población de “espíritus” siempre volando entre su “Tierra del Silencio” y nuestra bulliciosa y habladora tierra —ha comenzado y se ha trabajado en ello. Y ahora las dos mujeres mahometanas del espiritualismo moderno se han tornado auto-apóstatas y juegan falso a la “filosofía” que crearon y se han ido con el enemigo. Exponen y denuncian el espiritualismo práctico como la tontería de todas las edades. Los espiritualistas —(con excepción de un puñado de ellos)— se han regocijado y aliado con nuestros enemigos y calumniadores, con éstos que nunca habían sido teósofos, jugando falso con nosotros y poniéndonos el pie encima denunciando a los Fundadores de la Sociedad Teosófica por fraude como impostores.

¿Deben los teósofos reírse a su vez, ahora que los “reveladores” originales del espiritualismo se han vuelto sus “enemigos”? ¡Nunca!, porque los fenómenos del espiritualismo son hechos, y la traición de las “hermanas Fox” sólo nos hace compadecer a todos los médiums, y confirma, ante el mundo entero, nuestra constante declaración de que no puede confiarse en médium alguno. Ningún verdadero teósofo

se reirá jamás, ni menos aún se regocijará, de la frustración de su opositor. La razón de eso es muy simple:

Porque conocemos que seres de otros mundos más elevados se confabulan con algunos electos mortales ahora y siempre, aunque ahora mucho más raramente que en el pasado, según la humanidad con cada generación civilizada empeora en todo respecto.

La Teosofía —debiéndose en verdad a la alzada en brazos de los espiritualistas de Europa y América ante las primeras palabras proferidas contra la idea de que cada inteligencia que se comunica es necesariamente el espíritu de algún ex-mortal de esta tierra— no ha dicho la última palabra sobre el espiritualismo y los “espíritus”. Puede que lo haga un día. Entretanto, una humilde servidora de la teosofía, la Editora, declara una vez más su creencia en estos Seres, más grandes, más sabios, más nobles que cualquier otro Dios personal, que están más allá del “espíritu de los muertos”, santos, o ángeles alados, y quienes, no obstante, se dignan en cada edad acercarse ocasionalmente a esas raras sensibilidades —con frecuencia enteramente desconectadas de la Iglesia, el Espiritualismo, o incluso la Teosofía. Y creyendo en esos santos y elevados Seres Espirituales, ella también debe creer en la existencia de sus opuestos —los “espíritus” inferiores, buenos, malos, e indiferentes. Por lo tanto, ella cree en el espiritualismo y en sus fenómenos, algunos de los cuales les son tan repugnantes.

Esta es una nota casual con una divagación, solo para mostrar que la Teosofía incluye el espiritualismo —como debe ser, no como es— entre sus ciencias, basadas en el conocimiento y la experiencia de incontables edades. No hay una religión digna de su nombre que haya comenzado de otro modo que no sea como consecuencia de la visita de Seres de otros planos más elevados.

Así nacieron todas en la prehistoria, así como en todas las religiones históricas, el Mazdeísmo y el Brahmanismo, el Budismo y el Cristianismo, el Gnosticismo y el Mahometanismo; en resumen, cada “ismo” más o menos exitoso. Todo es verdad en el fondo, y todo es falso en su superficie. El Revelador, el artista que imprimió una parte de la Verdad en el cerebro del Vidente, en cada caso fue un verdadero artista que dio a conocer genuinas verdades, pero el instrumento en cada caso probó ser solamente un hombre.

Invite a Rubinstein a que toque una sonata de Beethoven en un piano no afinado, con la mitad de las teclas en parálisis crónica, mientras otras cuerdas cuelgan sueltas, y vean entonces si pese al genio del artista pueden reconocer la sonata. La moraleja de la fábula es que el hombre —aunque sea el más grande de los médiums o los visionarios— no es sino un hombre, y éste, dejado a sus propios medios y especulaciones, necesariamente estará fuera de tono respecto de la verdad absoluta,

aún cuando pueda captar algo de ella. Porque el hombre no es sino un ángel caído, un dios adentro, pero teniendo un cerebro animal en su cabeza, está más sujeto a las gripes y a la ebriedad del vino mientras permanezca en compañía de otros hombres en la tierra, que a recibir una recepción sin falla de las revelaciones divinas.

De aquí los dogmas multicolores de las Iglesias. De aquí también las mil y una llamadas “filosofías” (algunas contradictorias, incluyendo las teorías teosóficas); y las variadas “ciencias” y los esquemas, espiritual, mental, cristiano y secular; el sectarismo y el fanatismo, y especialmente la vanidad personal y opinionada de casi todos los “innovadores” desde los tiempos medievales. Estos han oscurecido y escondido la esencia misma de la Verdad —la raíz común de todo. ¿Imaginarán acaso nuestros críticos que nosotros excluiremos las enseñanzas teosóficas de esta nomenclatura? En lo absoluto. Y aunque las doctrinas esotéricas por las que nuestra Sociedad ha sido y es expugnada, no son impresiones mentales o espirituales de “un algo desconocido de allá arriba”, sino fruto de las enseñanzas dadas a nosotros por personas que viven aún —excepto las que fueron dictadas y escritas por los mismos Maestros de Sabiduría—, estas doctrinas pueden en muchos casos ser incompletas y tener fallos, como cualquiera de nuestros enemigos lo desearía.

*La Doctrina Secreta* —una obra que da a conocer cuando puede darse a conocer en este siglo, es un intento de sentar parcialmente la base común y la herencia de todos — los grandes y pequeños esquemas religiosos y filosóficos.

Era indispensable romper con toda la masa de falsas concepciones concretas y de prejuicios que actualmente ocultan el tronco y parentesco de (a) todas las religiones del mundo; (b) las sectas más pequeñas; y (c) la Teosofía como se explica actualmente —no importa cuán velada esté la gran Verdad por nosotros y por nuestro limitado conocimiento. La capa de errores es densa, colocada por cualquier mano; y porque nosotros personalmente hemos tratado de eliminar algunos de ellos, el esfuerzo se ha convertido en un constante reproche contra todos los escritores teosóficos e incluso contra la Sociedad. Pocos entre nuestros amigos y lectores han fallado en caracterizar nuestro intento de exponer el error en *The Theosophist* y *Lucifer* como “poco caritativos ataques a la cristiandad”, “asaltos no teosóficos”, etc. Sin embargo, éstos son necesarios, por no decir indispensables, si deseamos sacar a relucir verdades al menos aproximadas. Tenemos que exponer las cosas al desnudo, y estar listos para sufrir a causa de ello —como es usual. Es vano prometer verdades, y terminar dejándolas mezcladas con el error por mero descorazonamiento. Que el resultado de esa medida sólo podrá enfangar la corriente de los hechos se ve plenamente. Después de doce años de incesante labor y batalla contra enemigos en las cuatro esquinas del globo terráqueo, sin contar nuestras revistas teosóficas mensuales —*The Theosophist*, *The Path*, *Lucifer*, y *Le Lotus*, en francés— con nuestras débiles protestas en ellos, nuestras

tímidas declaraciones, nuestra “política maestra de inactividad”, y jugando a los escondidos a la sombra de la triste metafísica, ello sólo ha conducido a que la Teosofía esté seriamente contemplada como una secta religiosa. Un centenar de veces nos han dicho —“¿Qué bien está haciendo la Teosofía?”, y vean, “¿Qué bien están haciendo las Iglesias?”

Sin embargo, es un hecho en forme que la humanidad no es una pizca mejor en lo moral, y en algunos respectos es diez veces peor ahora, que lo que lo fuera jamás en los días del Paganismo. Es más, en la última mitad de este siglo, desde el período cuando el libre pensamiento y la ciencia obtuvieron lo mejor de las Iglesias —el Cristianismo cada año está perdiendo más y más fieles entre las clases cultas, que lo que gana en proselitistas en los estratos inferiores. Lo último del reinado. Por otro lado, la Teosofía ha rescatado del materialismo y la franca desesperación, a la creencia (basada en la lógica y las evidencias) en la divinidad del hombre y en la inmortalidad de éste, más que cuantos la Iglesia ha perdido a través del dogma, la fe ciega y la tiranía. Y, si se prueba que la Teosofía salva a un hombre solo entre mil de los que la Iglesia ha perdido, ¿no es acaso la primera un factor más elevado del bien que todos los misioneros juntos?

La Teosofía, como han declarado repetidamente por escrito y a viva voz sus miembros y funcionarios, procede en una línea diametralmente opuesta a la seguida por la Iglesia, y la Teosofía rechaza los métodos de la ciencia, ya que sus métodos inductivos sólo pueden llevar a un materialismo craso. Sin embargo, de hecho, la Teosofía clama ser ambas, “Religión” y “Ciencia” porque la Teosofía es la esencia de ambas. Es por el bien, por el amor a las dos divinas abstracciones — como la religión y las ciencias teosóficas—, que la Sociedad se ha convertido en voluntaria indagadora de ambas, de la religión ortodoxa y la ciencia moderna, así como el incansable Némesis de quienes han degradado las dos nobles verdades para sus propios fines y propósitos, divorciando entonces luego violentamente a una de otra, aunque las dos son *y deben ser una misma*. Probar esto es también uno de nuestros objetivos en el presente papel.

El materialista moderno insiste en que hay un cisma insuperable entre las dos, indicando que “el conflicto entre la Religión y la Ciencia” ha terminado en el triunfo de la última y la derrota de la primera. El teósofo moderno, por el contrario, rehúsa ver cisma alguno en todo ello. Si tanto la Iglesia como la Ciencia claman que cada una de ellas busca la verdad y nada más que la verdad, entonces o una de ellas se equivoca y acepta su falsedad, o ambas. Cualquier otro impedimento a su conciliación debe deponerse como puramente ficticio. La verdad es una, incluso si ésta buscara o siguiera dos fines diferentes. Por lo tanto, la Teosofía clama reconciliar a los dos enemigos. Su premisa es decir que la religión cristiana espiritual y primitiva es, como

mismo otras grandes y viejas filosofías que le precedieron —*la luz de la Verdad*— “la vida y la luz de los hombres”.

Pero tal es la verdadera luz de la Ciencia. Por lo tanto, oscurecida como lo está la anterior lo está por dogmas examinados a través de las gafas ahumadas de las supersticiones artificialmente producidas por las Iglesias, esta luz difícilmente puede penetrar y unirse con su rayo hermano en una ciencia, igualmente entretejida de paradojas y sofisticaciones materialistas de la época. Las enseñanzas de ambas son incompatibles y no podrán ponerse de acuerdo mientras ambas, la filosofía religiosa, y la Ciencia de lo físico y lo externo (en filosofía, lo *falso*) de la naturaleza, insistan en la infalibilidad de sus respectivas “madejas”. Las dos luces, teniendo rayos de igual intensidad y extensión en materia de deducciones falsas, no pueden sino extinguirse una a la otra, y producir una oscuridad aún peor. No obstante, ambas pueden reconciliarse a condición de que las dos limpien sus casas, y una se deshaga de todos los rezagos humanos recopilados a través de las edades, y la otra, de las escondidas excrecencias del materialismo moderno y el ateísmo. Y como ambas se niegan, lo más meritorio y mejor que puede hacerse es precisamente lo que solo la Teosofía puede hacer y hará, esto es, señalarle a los inocentes atrapados en las redes de los dos enmarañados caminos —verdaderamente, dos dragones de antaño, uno devorando los intelectos; el otro, las almas de los hombres— que su supuesto cisma no es sino un engaño óptico que, lejos de ser tal, no es sino una inmensa montaña de basura erigida respectivamente por los dos enemigos, como una fortificación contra sus mutuos ataques.

Así, si la teosofía no hace más que señalar y atraer seriamente la atención del mundo al hecho de que el supuesto desacuerdo entre religión y ciencia está condicionado, por una parte, por materialistas inteligentes pataleando correctamente contra los absurdos dogmas humanos, y por la otra, por fanáticos ciegos y eclesiásticos interesados, que en vez de defender las almas de la humanidad, luchan simplemente con uñas y dientes para salvaguardar su pan y mantener su autoridad— porque, incluso entonces, la teosofía probará ser la salvadora de la humanidad.

Y ahora hemos mostrado, es nuestra esperanza, lo que es la verdadera Teosofía y lo que son sus partidarios. Una es Ciencia Divina y un código de ética tan sublime que ningún teósofo es capaz de hacerle justicia; los otros son hombres débiles, aunque sinceros. ¿Por qué entonces la Teosofía puede ser jamás juzgada por las limitaciones de cualquiera de sus líderes o miembros en nuestras 150 ramas? Uno puede trabajar por ella al máximo de su capacidad, pero nunca elevarse a sí mismo a las alturas de su llamado y aspiración. Esta es nuestra desgracia, no un fallo de la Teosofía, o incluso de ese cuerpo en general. Sus Fundadores no claman tener otros méritos que el de haber puesto en circulación la Teosofía por primera vez. Si se les juzga, deberá ser por el trabajo que ellos hayan hecho, no por lo que sus amigos piensen de ellos ni por lo que

sus enemigos puedan decir de ellos. En un trabajo como el nuestro, no hay espacio para las personalidades y todos deben estar listos, como los Fundadores lo están, si fuese necesario, para que el carro de *Jagannath* los aplaste a todos ellos *individualmente*, por *el bien de todos*.

Es sólo en los días de un débil futuro, cuándo la muerte colocará su fría mano sobre los desafortunados Fundadores deteniendo así su actividad, y sus respectivos méritos o deméritos, sus buenos y malos actos y otros, y su trabajo teosófico, tendrán que ser pesados en la Balanza de la Posteridad. Sólo entonces, cuando los dos platillos de la balanza se hayan equilibrado con sus respectivas cargas, y el carácter del resultado neto se haya hecho evidente para todos por completo en su valor intrínseco, sólo entonces la naturaleza del veredicto podrá determinarse con algo como la justicia. En el presente, excepto en la India, esos resultados están demasiado dispersos sobre la faz de la tierra, demasiado limitados a un grupo de individuos para ser fácilmente juzgados. Ahora, esos resultados difícilmente se perciben, y mucho menos se oye de ellos en medio del clamor y el jaleo de nuestros abundantes enemigos y sus imitadores listos —los indiferentes. Sin embargo, no importa cuán pequeño sea si prueba ser bueno, incluso ahora todo hombre que tiene en su corazón el progreso moral de la humanidad, debe dar gracias a la Teosofía por esos resultados. Y como la Teosofía fue revivida y expuesta ante el mundo por medio de sus indignos servidores, los “Fundadores”, si su trabajo fue útil, ella misma debe reivindicarlos sin tener en cuenta el presente estado de su balance en la cuenta del karma, donde cuentan las “respetabilidades” sociales.

---

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz